

MI PAYÁ PERSONAL

ORLANDO LUIS PARDO LAZO

El destartalo del paisaje citadino llega hasta el portón mismo de la parroquia, en un barrio árido de El Cerro. “El Salvador del Mundo”, se anuncia en un mural a imagen y semejanza del desierto incivil allá afuera. Y uno piensa, sonámbulo antes de que salga el sol: qué pobre es cualquier forma de expresión en este país, qué inverosímil es la vida cuando dios y el Estado nos imponen la muerte como salvación.

Afuera, en los bancos del parquecito, amanece lento. Será un lunes larguísimo. A las ocho de la mañana debía de comenzar el velorio, pero solo hay brigaditas obreras alrededor, agentes encubiertos que se empeñan en maquillar décadas de decadencia: cortacéspedes, fumigadores, basureros que, como las patrullas, pasan y pasan sin recoger nada. Todos fingen normalidad, por lo que es obvio que no es así.

Es 23 de julio de 2012 y Oswaldo Payá Sardiñas desde ayer es cadáver. Se lo habían prometido de palabra y con atentados, a los que sobrevivió sin casi notarlo, como un elegido. Fidel Castro en persona lo odiaba y había pedido venganza antes de morir. El exilio tradicional también lo odió, por robarles el protagonismo y la antigua guapería de guarapos. La disidencia cubana denigró del Proyecto Varela más que la propia Asamblea Nacional, y llegaron incluso a enterrarlo no simbólicamente, sino físicamente: lo imprimieron y lo metieron públicamente bajo tierra, acaso como advertencia para su autor. Esos somos, esa plasta de mierda en nombre de la libertad de expresión.

Pero la virtud está muy por encima de la escatología: es quedarse solo y asumirlo sin aspavientos. Y Oswaldo Payá era un virtuoso. Por eso lo dejaron solo, empezando por los mil y un exiliados del Movimiento Cristiano Liberación (muchos de ellos condenados a largas condenas y luego forzados a un destierro sin vuelta atrás). Por eso, finalmente, un comando élite de militares cubanos lo asesinó, tras juzgarlo *in situ* tal vez, y leerle su sentencia de muerte a nombre del pueblo cubano y la Revolución. Así, ya no hay riesgo de que haya un Premio Nobel

de la Paz para Cuba si Fidel o Raúl Castro no lo han de ganar primero (es probable que esto ocurra antes del 2018, los Castros ahora sólo tienen que sobrevivir unos pocos meses).

En una secuencia pesadillesca, el cuerpo de Payá, con 60 años y decenas de miles de firmas recogidas para refundar nuestra nación, se rompió allá lejísimo, en una provincia de nombre que no existía antes de la Revolución: Granma. Aunque es muy probable que la ejecución extrajudicial haya sido en realidad en Camagüey o en otra provincia. Eso, un día después del castrismo lo averiguaremos.

Dijeron que fue un “accidente” provocado entre desconocidos, dos europeos con ínfulas solidarias que fueron cualquier cosa excepto testigos de la verdad. Se los llevaron presos en un *van* fantasma aparecido en la escena del crimen, y ninguno de los dos extranjeros supo más nada (los confinaron en aislamiento): sólo que Oswaldo Payá y su colega Harold Cepero estaban sanos y salvos en el asiento de atrás, y que horas después los dos cubanos eran declarados cadáveres (en ambos casos, sin atención médica ni dejarles hacer una simple llamada).

Pobre Oswaldo (60 años y toda una vida sin Castros por delante), pobre Harold (con apenas 32 años, ex-seminarista que habían intentado sobornar desde España para que traicionara a Payá, pero él estaba en secreto demasiado enamorado como un ángel terreno de la muchacha que debió ser su amor). Pobre Cuba, pobres cubanos.

Fue una catástrofe sin la protección de sus familias valientes y hermosas, rematados cerca de ese Bayamo mortífero del Himno Nacional. Fue el fin de toda una era de equilibrio engañoso entre la disidencia y sus verdugos: este doble atentado, como la aniquilación clínica de Laura Pollán en octubre de 2011, es una declaración de guerra al pueblo cubano, aunque parezca una exageración. Jódanse los peritos en cubanología, porque el domingo 22 de julio de 2012 los cubanos comprendimos a carta cabal de lo que se trata el raulismo. Y sin “derramamiento de sangre”, como desde 1959 lo prefiere Raúl.

Y ante tanto espanto, a los primeros testigos en el velorio de lunes no nos queda sino especular con pánico lo que en concreto ocurrió: si Oswaldo Payá falleció sin sufrir en el acto, si pudo ver con terror la cara de los paramédicos o paramilitares o

ambos, si se arrepintió de ser un cristo de la democracia cubana o si asumió su martirologio sin la tentación de traicionarse a sí mismo. O si pensó en los suyos: en su esposa Ofelita, en sus tres hijos, en todas las advertencias amigas para que por fin le diera la espalda a la Bestia de Birán y se refugiara en ese exilio que lo escoriaba.

El coche fúnebre viajó desde Oriente hasta La Habana bajo un sol insultante y sin las medidas óptimas de conservación. Igual vino clandestinamente en avión y la demora fue solo una treta para presionar a sus familiares (vivir en Cuba tiene mucho de ese teatro policiaco). En los SMS que recibíamos y reenviábamos como autómatas, el velorio se pospuso hasta las 11am, y luego hasta una hora cualquiera en que la Seguridad del Estado lo permitiese, ya a media tarde, cuando, entre tantos móviles como lágrimas, la caja de Payá fue entrada en los hombros de la muchedumbre (Harold Cepero quedaría tendido en su natal Chambas, Ciego de Ávila, donde sus ancianos padres todavía hoy siguen desolados sobre el pobretón ataúd de su hijito alegre y genial).

Para cuando llegó el cuerpo inerte de Oswaldo, el templo acogía a casi un congreso espontáneo de la oposición, desde sus líderes más mediáticos hasta los anónimos espías infiltrados de última generación. El operativo de control del G-2 por esta vez jugaría a no interferir con el ceremonial, no bloquearon ningún teléfono conflictivo, y concedieron todo lo que su viuda pidió, excepto que el hombre de su vida durante 26 años resucitara. Los aplausos estallaron incontenibles cuando el féretro avanzó, en un consenso insospechable minutos antes, borrando rencillas y caudillismos, luciendo así lo mejor de cada cual ante la memoria del noble hombre que avizoró como nadie la tierra prometida y, para no desmentir a la Biblia, por eso mismo no alcanzó a habitarla.

No era un velatorio privado, pero cada vez que se sentían invadidos, forzudos jóvenes eclesiásticos limitaban la labor de las cámaras, coaccionándonos para no disturbar el “sufrimiento de la familia”, ese dolor dignísimo y más hondo que ningún otro sentimiento que yo recuerde jamás. Pero un dolor en público y no de puertas adentro. Es decir, una pena que necesitaba ser captada en toda su devastación, en toda su fuerza y fragilidad, en toda su

decencia y denuncia, hasta contagiar nuestras fibras más dormidas, para que el mundo entendiera la debacle que acababa de ocurrir en la Isla: otra muerte en cuya naturalidad ni la muerte misma confiaba, otro robo de almas con las que debíamos fraguar un futuro menos fatuo y sin Fidel.

Cuando los gritos de “¡Libertad, Libertad!” ya ponían nervioso al párroco, con un gesto se le imploró a la esposa que aplacara ella al rebaño. Y Ofelia cumplió en nombre de Oswaldo, tomando por primera vez los micrófonos, y fue obedecida en el acto. Pero tal vez su esposo hubiera preferido que nunca acabase aquella música de las gargantas y manos, aquella explosión de simpatía que iba de lo íntimo a lo social, aquel plebiscito instantáneo entre la indignación justiciera y la rabia. No faltó nada entonces para cortar de cuajo tanto misal de resignación y apropiarse de su cadáver augusto para tomar por asalto la Plaza y desplazar a los déspotas del poder.

Tal vez el Movimiento Cristiano Liberación jamás había contado con un quórum así, por lo que esa tarde póstuma, entre la tristeza y el temor, debió despedir a su líder con algo más que incienso y rosarios. Un instante después del silencio, era obvio que los miles allí congregados nunca volveríamos a protagonizar esa visión de libertad instantánea (o de Tianamén en un santiamén), y que el fallecimiento de Oswaldo Payá Sardiñas estaba en riesgo de diluirse en las estadísticas oficiales de la División de Tránsito.

Las emisoras extranjeras se amontonaban en línea de espera en mi teléfono celular, mientras yo cronicaba de *tweet* en *tweet* la tragedia, tratando de ser los ojos y el corazón de una diáspora cada día más desperdigada. Fui exhaustivo, terminé exhausto. Hice once millones de fotos y clips de video, acercándome al altar mayor donde posaba el féretro con coronas de flores y una bandera, pero sin sumarme nunca a la fila infinita que durante horas le dio el pésame a su familia.

Cuando estuve peligrosamente encima de Oswaldo Payá, vi su rostro con los moretones reminiscentes de una pelea (en el pómulo izquierdo), el pecho encogido bajo la camiseta cubana, su sonrisa desaparecida, sus párpados lapidados, y un hilillo de sangre sin biografía comenzó a manar entonces de su oreja izquierda en exclusiva para mí.

Temblé ante los despojos de un patricio al que admiré desde mi ignorancia, y a quien defraudé antes de leerlo al no firmar su Proyecto Varela, y en cambio sí suscribir la momificación socialista de nuestra Constitución, exabrupto anti-constitucional del 2002 con que Fidel Castro se burló en persona de Oswaldo. Y de ti.

Su hija Rosa María, a quien había oído por la radio clandestina como un milagro de coraje y fe en la condición humana, me impuso tajante sin conocerme: “Yo no quiero fotos del rostro de mi papá”.

Pero yo atesoraba mucho más que eso. Yo había conseguido llorar mansamente en la iglesia, conmovido por tanto desvalimiento de mis contemporáneos, seres ínfimos cuando no infantilizados, a la intemperie de un Estado incapaz de comunicarnos ya ni una sola palabra, excepto las de nuestra inhumación por decreto. Yo había empezado a respirar en paz en la noche abismal de sus ojos huérfanos, mientras a la familia Payá Acevedo a esa misma hora la humillaban en las redes digitales con saña de alimañas, sin que una nota de protesta saliera de la Iglesia Católica cubana ni de ninguna otra nacionalidad o denominación.

Con la puesta de sol llegó la eucaristía y luego enseguida la medianoche. No había comido ni bebido nada. Tenía fatiga y la ropa enchumbada por el verano vil. Las baterías del Nokia y de mi Canon se agotaron. Fui a casa y miré a mi madre, que aún no sospechaba nada, y le di un abrazo como si de pronto fuera yo el que no regresaría más al hogar. Fui Harold y Oswaldo. Fui Ofelia y Rosa María. No quiero que mi accidente me atrape sin haber dicho que amo a los que amo. Pero el totalitarismo es exactamente esa sorpresa. La tiranía se reduce a que siempre puedes ser removido de tus espacios: de la cuna a la escuela a la beca a la brigada al barracón al buró a la cárcel al paredón a una ambulancia a la capilla al exilio al cielo al paredón a un panteón.

No podía quedarme esa noche en mi casa. Yo ya no era yo.

Regresé a El Salvador del Mundo y me tumbé sobre los bancos de la Plaza Galicia, entre los ronquidos sagrados de algunas Damas de Blanco. Dentro del templo dormían cabizbajos no pocos dolientes. Me sentí impune, indolente, y tuve ganas de remover la bandera del féretro, ese trapo heroico compartido por

santos y militares. Cuba cansa. Afuera era tan bella la madrugada. Dentro todo era evidencia de la maldad nacional.

Las ceibas, una uña de luna, los perritos noctámbulos, una lechuza, la frialdad húmeda que empañaba los faroles y mis pestañas: otra vez eran lágrimas sin llanto, hilillo de sal manando de mi mente de retrasado: ¿por qué permanezco en este cenotafio sin ciudadanos?, ¿por qué no me desaparezco de Cuba a perpetuidad?, ¿por qué nunca antes amé en secreto a la muchacha que no debía de ser mi amor? Pobres cubanos, pobres Cubas sin cubanos.

Ganas de huir y de no dejarse matar. De aprender de Cepero y Payá. Pero, como siempre que soy libre de tan desahuciado, no conseguía alejarme de aquellas pocas palabras dictadas por la desesperación, y volví adentro a por más fotos, no de la cara sino del espíritu entero de su papá. Perdóname, por favor.

Amaneció martes, y no haber desayunado o acaso el clima cardenalicio me dio ganas de vomitar. El monseñor Jaime Ortega y Alamino demagogió que “la aspiración a participar en la vida política de la nación es un derecho y un deber del laico cristiano”, e incluso se atrevió a citar al papa Benedicto XVI, quien en La Habana tuvo tiempo de saludar al tirano ateo pero no a un laico democristiano de apellido Payá: “que nadie se vea impedido de sumarse a esta apasionante tarea por la limitación de sus libertades fundamentales”.

Yo ya había oído esa frase original en un televisorcito de calabozo, en la Santa Misa secuestrada del miércoles 28 de marzo de ese año, junto a cientos de cubanos presos con carácter profiláctico, y con la venia del vocero católico Orlando Márquez, en su papelazo publicado en el órgano del Partido Comunista nombrado con el hexagramaton de una muerte “accidental”: *Granma*. Mentirosos, mezquinos. Miserable casta de sacerdotisas célebres por no ser célibes. Complicidad, demonismo, asco.

Todo rito es reiteración. Bodrio, bostezo. Pero al término de la liturgia de exequias, volvió a pronunciarse allí una esquirla de la verdad impronunciable del pueblo cubano. Habló Rosa María Payá Acevedo, con más talante que medio siglo de eruditos simuladores. Acusó sin pánico, aunque estuviera apurando así su propio cadalso. Dejó el odio fuera de su discurso

como testamento de veinteañera en peligro terminal. De ser silencio sentido, ella devino verbo donde encarnar el honor horrendo de una nación. Y dejó claro que su padre y su amigo no habían muerto en el último día del Señor porque esa fuera la voluntad de ningún dios. Lo habían muerto.

Los obispos miraban al infinito, sin cara, con sus máscaras de vidrio opaco de quienes no podrían lanzar ni la más mínima piedra. Cobardes. Y tembló entonces la voz de Ofelia Acevedo ya no más de Payá, leyendo un manifiesto que reivindicó el derecho a luchar en Cuba y fuera de Cuba por la liberación del ser humano, desde la oposición pacífica y sin perder la vida en el intento.

Minutos después, a unos metros de distancia, las turbas de respuesta rápida y la policía golpeaban a decenas de los presentes que, por pretender acompañar el féretro a pie, nunca llegaron al cementerio. Ni tampoco a sus casas. Porque hubo decenas de arrestos arbitrarios.

Más que narrar la ovación cerrada de adiós en el Cementerio Colón, quisiera expresar la angustia coagulada aún sobre los testigos sobrevivientes de aquel Hyundai rentado donde murieron Oswaldo y Harold. De políticos europeos prometedores, Ángel Carromero y Jens Aron Modig han pasado a ser víctimas del castrismo transcontinental.

Carromero contó con coraje lo que vio (en su testimonio *Muerte bajo sospecha*): que no hubo accidente y que aún no se explica cómo mataron a sus amigos cubanos (toda vez extraditado Carromero a España, hasta actos de repudio recibió). Modig aún hoy miente declarándose dormido ese domingo 22, cuando estuvo llamando y mensajeando a lo largo de todo el día: sus declaraciones sonarán ya para siempre a tramoya, a trampa, a tortura (aunque como él había estado antes en Cuba, tampoco se excluye que hubiera sido reclutado por la Revolución).

Los cubanos nos acabamos. Cuba nos cava. Desde esos días no consigo pegar bien un ojo, ni en la Isla ni en el Exilio. Desperté, es preferible el insomnio antes que la pesadilla. Sobre todo cuando hasta la bloguera Yoani Sánchez se apuró a publicar entonces su “Descanse en libertad, Oswaldo Payá”, un epitafio tan políticamente aséptico que no menciona ni accidente ni asesinato ni nada. Mientras que el activista de derechos humanos

Elizardo Sánchez Santacruz fungía como vocero del régimen, al amenazar a la familia Payá con que «mejor dejaran las cosas así», pues él tenía evidencias de que sí había sido un accidente y, además, «Payá como chofer era muy paraguero».

Como en el caso del Cardenal católico cubano, al parecer murió Oswaldo Payá cuando le tocaba morir. Cuando en la práctica lo matamos bien rematado cuando nos tocaba matarlo. Y ese pecado no se lo perdono a nadie. Ni me lo perdono a mí mismo.

Descansa en paz tú si puedes, Oswaldo Payá Sardiñas, primer presidente del país que no fue. Que se nos fue. Que nos lo fueron. Amén.